



HISTORIA Y LITERATURA

En el nombre de Ramón

En su novela *El nombre de la rosa*, Umberto Eco anticipó, sin saberlo, la tragedia recién descubierta de Ramón Llull, filósofo franciscano cuya obra fue perseguida por un inquisidor dominico. Es el viejo tópico: la ficción superada por la realidad.

“En el principio era el Verbo y el Verbo era en Dios, y el Verbo traía Dios, y el monje fiel debería repetir cada día con salmodiante humildad ese acontecimiento inmutable, cuya verdad es la única que puede afirmarse con certeza incontrovertible. Pero *videmus, nunc per speculum et in aenigmate* y la verdad, antes de manifestarse a cara descubierta, se muestra en fragmentos (¡ay, cuán ilegibles!), mezclada con el error de este mundo, de modo que debemos deleznar sus fieles signáculos incluso allí donde nos parecen oscuros y casi forjados por una voluntad totalmente orientada hacia el mal”.

Así inicia el anciano benedictino Adso de Melk el relato de los “hechos asombrosos y terribles” que le tocó vivir en su juventud, cuando, siendo todavía novicio, descubrió que los libros son fuente de vida pero también de muerte y que los simples acaban pagando por todo, incluso por los errores y vanidades de quienes dicen defenderlos.

El siglo XIV acababa de iniciar su último cuarto, la sede pontificia seguía todavía en Avignon y el hálculo papal lo sostenía Gregorio XI: fue en ese contexto que el escritor Umberto Eco situó al anciano Adso en su novela *El nombre de la rosa*, y lo retó a escribir sus memorias.

Sin saberlo, Eco se adelantó a otra historia, tan verídica como la que más, que



En el cine, Sean Connery fue Guillermo de Baskerville.

ocurrió a mediados de ese s. glo XIV y tiene como protagonista al inquisidor dominico Nicolau Eimeric, refugiado en la corte avignonense tras su expulsión de Aragón por su vehemente persecución contra la obra del franciscano Ramón Llull, místico y filósofo nacido y muerto en Palma de Mallorca. Afortunadamente, Llull no tuvo que enfrentarse a la tortura, pero sus obras sí vivieron bajo el acecho implacable del dominico.

Nicolau Eimeric fue el inquisidor general de la corona catalanoaragonesa. En 1366 se retiró a Avignon, convirtiéndose en el máximo defensor de la concepción teocrática del poder eclesiástico, tan criticada por los franciscanos. Ahí escribió su *Directorium inquisitorium*, un texto donde, además de establecer el procedimiento inquisitorial, incluyó un índice de cien proposiciones correspondientes a 20 obras de Ramón Llull que calificó de heréticas.

Gregorio XI, sustentándose en ese directorio —que en los siglos posteriores fue un verdadero libro de cabecera para todo inquisidor que se preciara—, dictó una bula condenatoria para las proposiciones de Llull, que supuso un escollo infranqueable para todo intento de iniciar la canonización del franciscano. Sin embargo, el pueblo tejó una leyenda de santidad en torno a él, llegando a considerarlo beato.

La aceptación de las tesis lulianas por algunos notables, pero sobre todo el culto rendido por los simples a la figura de Llull, acentuó el histórico enfrentamiento entre dominicos y franciscanos.

LA BRUMA HERÉTICA

La implacable tarea de Eimeric dibujó incómodas sospechas en la figura de Ramón Llull, un hombre que a los 30 años había abandonado esposa, hijos y bienes para dedicarse a la contemplación.

Según cuenta Adso de Melk en *El nombre de la rosa*, sólo la intervención del franciscano Guillermo de Baskerville logró develar lo que había tras una serie de misteriosos asesinatos ocurridos en los dominios del abad Abbome: el odio de un viejo y ciego bibliotecario a la filosofía y un excesivo amor a la propia verdad.

Sin embargo, cuando la bula de Gregorio XI fue conocida por la Cristiandad, no existía en el mundo un Guillermo de Baskerville capaz de levantar esa falsa bruma herética en la que Eimeric sumergió la obra de Llull. Para deshacer el ovillo de los hechos tuvieron que pasar 600 años. Sólo a las puertas del tercer milenio se descubrió que el *Directorium inquisitorium* estaba compuesto de más mentiras que verdades.

El Baskerville del siglo XX es Josep Perarnau, un teólogo catalán que, próximo a cumplir los 70, consiguió reunir en Roma a dominicos y franciscanos para retemar el proceso para la beatificación del filósofo y místico mallorquín.

Perarnau acudió primero a los libros, específicamente a un volumen del *Ars*

En el nombre de Ramón. [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1998

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

En el nombre de Ramón. [artículo]. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile